

Las raíces de un cáncer

Posted on 4 de diciembre de 2024 by Álvaro González

Tras la derrota de ETA y el cese de la actividad armada, la violencia callejera y la extorsión, la izquierda abertzale inició una nueva línea propagandística sobre el legado de la banda terrorista. Ya no se trata solo de justificar lo injustificable, sino de darle un sentido coherente sostenido en el tiempo. En palabras de uno de los autores de esta obra, Fernández Soldevilla, el fenómeno responde a la necesidad de mostrar a terroristas y activistas, así como a sus familiares, que el terrible sacrificio que hicieron por la causa, sesgando vidas, deshumanizándose y pagando con duras penas de prisión, no ha sido en vano. Casi cuatro décadas de estrategia «revolucionaria» han dado paso en pocos años a pactos en el Congreso de los diputados sobre asuntos ordinarios del día a día. Es algo que se pudo hacer perfectamente en 1977 y haberse ahorrado un sufrimiento atroz. Semejante desastre y fracaso humano solo se puede digerir de una manera: con propaganda.

Ante este panorama, *Las raíces de un cáncer* es un esfuerzo por definir el hecho histórico contrastado en una de las etapas más mitificadas de la banda terrorista, su actividad durante el franquismo. En ese periodo nace su leyenda con cierto plácet entre la oposición a la dictadura por enfrentarse a un enemigo que era común. Un hilo del que se puede tirar hoy, en pleno resurgir de un interés por el pasado, para situar la trayectoria de ETA en cauces aceptables moralmente. Sin embargo, el término «cáncer» del título no trata de forzar al

lector a rechazar esos intentos, sino que es la palabra que empleó en 1962 Manuel Irujo, del PNV y ministro de la República durante la Guerra Civil, para referirse a la banda: «Es un cáncer que, si no lo extirpamos, alcanzará todo nuestro cuerpo político».

Para hallar discrepancias entre el relato nacionalista y el hecho histórico hay que remontarse al mismo año de fundación de la banda terrorista. Durante años, el origen estaba fechado en el 31 de julio de 1959, día en que supuestamente le enviaron una carta al lehendakari Aguirre anunciándole su existencia. No se conserva la misiva y no se puede saber con exactitud cuándo se produjo, pero este detalle tan trivial tiene importancia política. Un 31 de julio se había fundado el PNV, en 1895, por ser el día de la Compañía de Jesús.

Ya en los 80, Julen Madariaga, uno de los fundadores de la banda, inició una campaña para intentar demostrar que la fecha era anterior. Le preocupaba ese vínculo con el clericalismo del partido matriz. En los 90, ya no era una tarea en solitario, sino que empeñó a toda la izquierda abertzale. En su estrategia de distanciamiento del PNV importaban detalles como este o empezar a denominar, desde entonces, a la patria como Euskal Herria en lugar de Euskadi.

Con los años, el baile de fechas fue de unos meses antes de julio del 59 a en algún momento del 58, para después fijarla en diciembre del 58. No obstante, los autores de la obra han encontrado que en la documentación de la propia ETA, el primer texto es un manifiesto fechado en julio del 59 y tiene un sentido fundacional, ya que empleaba el pretérito perfecto «se ha estimado», dando a entender que la decisión era reciente. Sin embargo, añaden, Mario Onaindia, en sus memorias, recuerda la cárcel de la siguiente manera: «Aquel primer verano en prisión lo pasamos (…) conmemorando alguna efeméride, por ejemplo, el día de San Ignacio, día de la fundación de ETA». Para rematar, en el exilio, en la prensa venezolana, la primera mención es en el número 10 de *Aberri*, del trimestre julio-agosto-septiembre de 1959.

Parece una discusión hilarante, pero que haya habido una polémica de décadas con la fecha de fundación de ETA, derivada únicamente de las invectivas que les acusaban de hundir sus raíces en el nacionalismo burgués y clerical, da la medida de la obsesión por controlar cualquier matiz de la leyenda o el relato por parte del entorno de la banda. Señalan los autores que la izquierda nacionalista radical, en bloque, desde 1993 ha formado un «frente compacto» en defensa de 1958 como origen de la actividad, incluso poniéndole día, el 1 de diciembre, lo que les ha llevado a obviar en sus textos, como si no existiera, el único documento fundacional de la banda que se conserva.

En fin, un propósito complicado negar la Historia, acaba apareciendo por otros lados. Por

ejemplo, la prensa afín, como *Irrintzi*, publicado en Caracas, se expresaba de esta manera cuando explotaba la primera bomba: «Estaba destinada a no causar daños personales de ningún género, pero sin importar los materiales o económicos, y con destino, sobre todo, a hacer saber que uno de los pueblos más virilmente católicos del mundo entero, está luchando activamente por su independencia».

No menos conflictiva es la autoría de las primeras víctimas mortales. En el caso de Begoña Urroz, una niña de apenas 20 meses que murió como consecuencia del estallido de una maleta bomba en la estación de estación de tren de Amara, en San Sebastián, en realidad fue el DRIL. Durante años circuló que había sido ETA, incluso Ernst Lluch lo difundió, pero era una respuesta del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación al encuentro entre Franco y Salazar en Mérida el 20 y 21 de junio de 1960. Pero este detalle es reseñable porque ni siquiera así, los concejales de la izquierda abertzale de Lasarte, de donde era la pequeña, participaron en un homenaje que el consistorio organizó en su recuerdo en 2010.

Más complicado es el caso de José Antonio Pardines, guardia civil asesinado en un control de carretera el 7 de junio de 1968. Para entonces, ya se había definido y puesto en marcha la estrategia de la acción-reacción, es decir, provocar para desencadenar oleadas de represión indiscriminada, lo que forzase a reaccionar a las masas «con pánico y rebeldía», situación que sería reconducida por ETA hacia la segunda opción con otro golpe a continuación. Una espiral de violencia *in crescendo* que, junto con un buen uso de la propaganda, encaminase a la sociedad a la «guerra revolucionaria».

Fue el 2 de junio de 1968 cuando se tomó la decisión empezar a matar con el objetivo de acelerar los acontecimientos según lo previsto. La víctima elegida, Melitón Manzanas, tenía un gran capital simbólico. Era el inspector jefe de la Brigada de Investigación Social de San Sebastián, hay numerosos testimonios que aseguran haber sido torturados por él. Sin embargo, antes de producirse el atentado, los encargados de planificarlo, Sarasketa y Echebarrieta, fueron parados en un control por el guardia civil de tráfico Pardines. Cuando el agente comprobó que los datos del automóvil en el que circulaban y la documentación de los conductores no coincidía, Echebarrieta y Sarasketa le metieron cinco tiros. Sarasketa declaró años después que pudo influir en la reacción que su compañero hubiese consumido centraminas.

En la huida, volvieron a pararles. Echebarrieta forcejeó con un agente cuando le cacheaba y, al tratar de huir, se produjo un tiroteo en el que fue alcanzado. Mientras agonizaba, le dijo a uno de los guardias civiles que le habían abatido: «Déjeme, me estoy muriendo, yo no he hecho nada, búsqueme un cura». Falleció a los diez minutos de ingresar en el hospital.

Todos estos hechos fueron posteriormente reelaborados por la banda para que encajasen en la única dialéctica que servía a su discurso, David contra Goliat, héroes frente a villanos. Como el asesinato inicial de Pardines en esas circunstancias era inadmisible éticamente en aquella época –qué rápido pasó el tiempo- se le culpó de su muerte o se reelaboró un relato épico en el que Echebarrieta actuó en defensa propia.

Posteriormente, esta muerte, el primer asesinato de ETA, fue borrada del mapa. Interesaba que la primera fuese Manzanas y este percance accidental manchaba la leyenda. Tratar de desencadenar la acción-reacción con un humilde guardia civil de tráfico habría ido en contra de la reputación de la banda. Al mismo tiempo, se difundió una hagiografía del Echebarrieta, cuya muerte se llegó a comparar con la de Zumalacárregui y el Che Guevara. Y acto seguido se cargaron las tintas con el segundo asesinato de ETA, esta vez sí, Melitón Manzanas, al que se describió como colaborador de la Gestapo durante la II Guerra Mundial. Un agente que había entregado judíos a los nazis de Francia para deportarlos a campos de concentración. Esta versión ha llegado hasta nuestro tiempo, pero lo cierto, explican estos historiadores, es que en los años cuarenta, Manzanas era agente auxiliar de segunda clase en la comisaría de Irún, uno de los cargos más bajos.

Nada de esto quiere decir que el régimen no hiciera méritos para encajar en el relato que quería crear ETA. La represión que desató en el País Vasco como respuesta a los primeros atentados de la banda aumentó las bases de la izquierda abertzale y el número de voluntarios que querían engrosar sus filas. En palabras de Xabier Zumalde, primer jefe militar de ETA: «Se decía entonces que el gobernador civil de Guipúzcoa creaba más nacionalistas que Sabino Arana».

La estrategia, aparentemente, estaba funcionando. Como Madariaga había redactado en 1964 en la ponencia «La insurrección en Euzkadi» en la III Asamblea de ETA: «Engañar, obligar y matar no son actos únicamente deplorables sino necesarios (…) el enemigo, como un coloso aguijoneado por muchas abejas, pierde el control en sí mismo, y golpea ciegamente a diestro y siniestro». Así se lograba el objetivo: «Obligarle a cometer mil torpezas y barbaries. La mayoría de sus víctimas son inocentes. Entonces el pueblo, hasta entonces más o menos pasivo, y a la expectativa, se vuelve hacia nosotros».

Pese a todo, la dictadura acabó cosechando grandes éxitos policiales que mermaron a la organización en 1969 y condujeron al Proceso de Burgos, pero este juicio también supo ser aprovechado por ETA, que logró convertirlo en una causa contra «el pueblo vasco», le sirvió para alcanzar unos niveles de publicidad inauditos dentro y fuera de España y llegó a abrir grietas dentro de la dictadura.

El libro *Le procès de Burgos* de Gisèle Halimi, con prólogo de Jean-Paul Sartre, introducía acríticamente todas las tesis de ETA, fue una de las pocas fuentes que se leyeron en el extranjero sobre la situación histórica y política del País Vasco, y muchas de sus páginas han llegado hasta nuestros días, como la supuesta relación con la Gestapo de Manzanas. Además, cada intervención en el juicio se convirtió en un alegato contra el régimen, que salió derrotado moral y políticamente del proceso. La coincidencia entre los expertos en el periodo es que la opinión pública percibió a los etarras como «heroicos luchadores contra una dictadura brutal».

Los cimientos del régimen se tambalearon cuando las condenas ahondaron en la división latente en el franquismo entre extrema derecha, los tecnócratas y los sectores aperturistas. Una carta firmada por «Falange» se envió a los oficiales del Ejército conminándoles a estar «alerta» porque la situación «empieza a ser peligrosa». Hubo ruido de sables dentro del franquismo, algo que no sucedía desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial.

Entretanto, el Gobierno monocolor de los tecnócratas, celoso de su maltrecha imagen en Europa como presunto país moderno y occidental, intentó que las condenas no hicieran fracasar sus planes de integración. Hasta tal punto la sentencia le puso nervioso, que hubo un intento de soborno por parte del ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, al auditor para que los militares no impusieran ninguna pena de muerte.

A la vez, en ETA, se produjo la escisión obrerista ETA VI. Un pecado, anteponer socialismo a nacionalismo, que la ETA que prevaleció castigó bajo la acusación de «españolismo». Más adelante, llegaría la división entre *polimilis* y ETA militar profundizando en esas fricciones que había en su seno.

Pero lo crucial tuvo lugar en 1973, cuando se produjo el asesinato de Carrero Blanco, momento culminante de la banda, que alcanzó ahí su mayor celebridad e importancia. Un atentado que desató todo tipo de teorías de la conspiración que de forma muy negligente, oportunista y sensacionalista ha hecho circular recientemente el documental *Matar al presidente*.

Sin embargo, aquella primera ETA no logró sus fines. Aunque se incrementó la represión y esas políticas jugaron a su favor, nunca se escaló la situación hasta llegar a su anhelada guerra civil revolucionaria. Tampoco podemos decir que las tensiones que provocó entre las diferentes familias del régimen fuesen la causa de su parálisis mientras el sistema dictatorial era desmantelado durante la Reforma política.

El papel de ETA en la recuperación de la democracia en España en 1977 todavía está sujeto a

discusión, pero lo que queda claro es que no hay una relación directa posible. Obras como esta sirven para poner en perspectiva periodos convulsos y clave de nuestra historia que, desgraciadamente, como se reseña en el propio libro, son tendentes a ser explicados o distorsionados mediante películas o productos audiovisuales plagados de relatos *ahistóricos*. Se agrace el esfuerzo de la editorial Tecnos con esta colección, en tanto en cuanto cada volumen viene a ser un *manual de autodefensa* del rigor histórico.

Álvaro González es periodista. Actualmente en *Jot Down*, colaborador de *Valencia Plaza*, *El Español* y *Ruta 66*. Interesado en la Historia de España, la cultura popular, Europa del Este y los Balcanes.

Autor: Gaizka Fernández Soldevilla y Santiago de Pablo Contreras

Edicion: Tecnos editorial, Madrid, 2024

Portada: 33552

Titulo: Las raíces de un cáncer. Historia y memoria de la primera ETA (1959-1973)